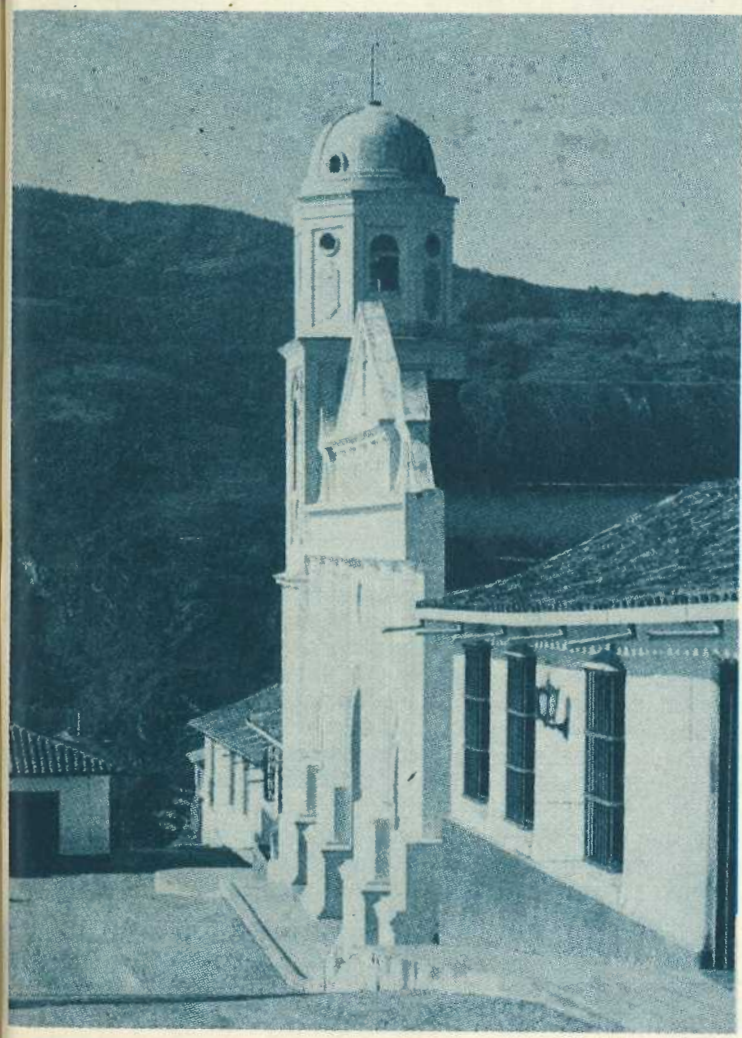


PAGINAS

Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), vol. VIII, No. 58, Diciembre 1983

S/. 1,200



Medellín : quince años

J.B. Libanio
Jorge Alvarez Calderón
Catalina Romero
Ricardo Antoncich
Testimonios: Mons. Dammert
Mons. Mc Grath

Los sucesos de Lurigancho

Hechos, documentos, reflexión





Jorge Álvarez Calderón

En ruta hacia Medellín

Este artículo pretende esbozar la gestación de Medellín, los procesos que lo precedieron, la tenacidad y visión de algunos hombres —verdaderos precursores de nuestra Iglesia latinoamericana en este siglo—, los debates que se suscitaron alrededor del acontecimiento.

Don Avelar Brandao Vilela, en ese entonces Presidente del Celam, escribía: "... la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano ha resultado una real 'epifanía de Dios', un auténtico 'Pentecostés' para la Iglesia de América Latina, un verdadero 'paso del Señor' por nuestro continente, con todo lo que supone de maravillas de salvación, de compromiso y esperanzas" (1). Con esas palabras se hacía eco de la profunda experiencia eclesial vivida por todos los participantes en la Asamblea de Medellín y que, por sus logros, había superado todas las expectativas. En efecto, es preciso recordarlo, antes de la Conferencia hubo personas que no esperaban mucho de ella. Dudaban de que una voz profética pudiera salir de un nivel jerárquico tan alto. Por eso, los resultados obtenidos en Medellín fueron motivo de gran sorpresa y alien-

to para muchos; de preocupación y temor para otros. Porque, en realidad, lo que ocurrió fue que nuestra Iglesia latinoamericana, en esa oportunidad, encontró en su instancia más oficial su palabra propia; había llegado a su mayoría de edad.

Quince años después de los acontecimientos, es importante retomar ese momento de gracia. Es lo que este artículo pretende: esbozar la gestación de Medellín, los procesos que lo precedieron, la tenacidad y visión de algunos hombres —verdaderos precursores de nuestra Iglesia latinoamericana en este siglo—, las diferentes instancias y grupos que participaron en su preparación, los debates que se suscitaron alrededor del acontecimiento. Este trabajo no pretende ser exhaustivo; ojalá, más bien, invite a estudios más profundos y detallados (2). Desea sólo señalar los hitos princi-

pales del proceso que lo hizo realidad. Porque es importante conocer las raíces de aquello que desde muchos puntos de vista constituye un momento clave de nuestra iglesia y que, en sus conclusiones, expresa de manera oficial por primera vez la conciencia de nuestra responsabilidad evangelizadora en esta realidad nuestra. Conciencia de nuestra identidad y de nuestra misión.

Porque, desgraciadamente, existen personas que pretenden disminuir la importancia de Medellín diciendo que fue un texto inmaduro, adolescente —hasta eufórico— fruto de expertos y no un trabajo de obispos, unidos colegialmente y representando la vitalidad de sus iglesias. Como si no hubiera habido la maduración de la experiencia conciliar, como si no hubiera crecido en esos años la conciencia de las injusticias, como si se olvidara la verdadera persecución por la que



la vitalidad de esa Asamblea" (3). Conciliar porque se situó en la línea de la colegialidad episcopal en una época en que esa práctica era muy restringida, por no decir inexistente. Ningún otro continente había tenido tampoco, en el transcurso del siglo, un encuentro de características parecidas. La iniciativa, por lo tanto, fue audaz: se adelantó en 7 años al Concilio. Quizá fueron las debilidades de la Iglesia en este continente, mayoritariamente católico, lo que motivó el hecho: "Es menester no malgastar valiosas energías —dijo el Papa a los participantes— sino multiplicarlas con apropiada coordinación. Si las circunstancias lo aconsejan, adóptense nuevos métodos de apostolado y ábranse caminos nuevos que, dentro de una gran fidelidad a la tradición eclesiástica, sean más acomodados a las exigencias de los tiempos..." (4).

El CELAM —Consejo Episcopal Latinoamericano— nace como una de las conclusiones de esta Conferencia. Sus primeros estatutos (1958) lo definen como "órgano de contacto y de colaboración de las Conferencias de América Latina". Nuestros obispos se dan, con esta instancia, el instrumento apropiado para enfrentar los grandes desafíos de la evangelización en los momentos del despertar de nuestros pueblos.

Este punto de partida es a su vez un punto de llegada. Porque la conciencia latinoamericana en los círculos eclesiales se inicia y desarrolla allá por 1930, época en que comienzan a aparecer los grupos de Acción Católica y con ellos, progresivamente, las diferentes coordinaciones continentales que contribuyeron a dar a los cristianos una visión de conjunto. La I Conferencia Episcopal de Río y el CELAM son la expresión, a nivel episcopal, de esta corriente renovadora.

Como toda iniciativa que abre brecha, ésta no tuvo en sus inicios un camino fácil. Fue recibida con indiferencia por muchos obispos, y con recelo en ciertas esferas eclesiásticas. Los primeros, por no ver la importancia de un instrumento con perspectiva mayor que la diocesana; los otros, por temer el surgimiento de un órgano que a la larga fuese problemático para la Curia Romana. La tenacidad y la fidelidad de hombres de la talla de Mons. Manuel Larraín, obispo

de Talca (Chile), y Don Helder Cámara, con el apoyo del entonces Mons. Montini, sustituto de la secretaría de Estado del Vaticano, lograron vencer inercias y desconfianzas. A ese grupo de hombres con personalidad y visión les debemos el CELAM y, desde muchos puntos de vista, la Iglesia latinoamericana tal como se dio a conocer en Medellín.

A poco tiempo de fundado el CELAM, se empezaron a organizar sus diferentes Departamentos presididos todos por obispos. Su fin era atender las diferentes áreas de acción de la Iglesia, promover estudios, encuentros y servicios. Así nacieron los Departamentos de Pastoral, Acción Social, Catequesis, Laicos, Misiones, Seminarios, etc. Ahí se promovían reuniones de obispos y personas calificadas en cada área. A través de esas actividades se comenzó a constituir la primera generación de personas de Iglesia con visión amplia, y que irían asumiendo gradualmente las responsabilidades de la evangelización a nivel continental.

El CELAM promovió muy pronto, en 1958, la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR) con su debida autonomía: los religiosos encontraron ahí su órgano propio de coordinación. A su vez, en 1960 funda el Instituto de Pastoral Latinoamericano (IPLA) como equipo itinerante para la formación permanente de los agentes pastorales de los diferentes países. A través de esas instancias las personas se encuentran, se comunican experiencias, se analizan inquietudes, se genera vida, se empieza a ver en grande. Si se tiene en cuenta el aislamiento en el que se vivía y la falta de lugares de encuentro —inclusive a nivel nacional— se comprender el inmenso servicio de renovación que significó ese CELAM naciente.

2. El Concilio (1962-1965)

En este contexto, el Concilio Vaticano II puso las bases para un salto cualitativo. Roma se convirtió en un lugar de intercambio y de debate, de descubrimiento de nuevas exigencias y de profundización teológica. Los obispos latinoamericanos tuvieron la oportunidad, como nunca antes, de conocerse entre sí y de multiplicar los encuentros con

“... es importante conocer las raíces de aquello que desde muchos puntos de vista constituye un momento clave de nuestra iglesia y que, en sus conclusiones, expresa de manera oficial por primera vez la conciencia de nuestra responsabilidad evangelizadora en esta realidad nuestra”

atravesaban muchos cristianos de la época —obispos incluídos—, como si no hubiera existido ya un intenso trabajo de revitalización pastoral y teológica, como si no se vivieran con preocupación los desfases de la comunidad eclesial frente a la cruda realidad en que vivimos.

Nos limitaremos, en este artículo, únicamente a los hechos eclesiales precursores de Medellín y, más concretamente, a la época inmediata que precedió a la Conferencia. Estos hechos eclesiales son menos conocidos y por ello consideramos importante recordarlos para mantener la memoria y apreciar mejor nuestras raíces.

No nos explayaremos en cambio sobre los contextos sociopolíticos, tan intensos en la época de la post-guerra mundial y en los años 60 en América Latina porque hay abundantes estudios sobre el particular. Sin embargo, ellos son un indispensable y continuo telón de fondo de nuestras consideraciones. Porque de ellos recibió el proceso eclesial de nuestro continente las más serias interpelaciones y retos.

1. El Celam, iniciativa precursora

El año 1955 es una fecha clave. En los meses de julio-agosto tuvo lugar, en Río de Janeiro, la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano convocada por el Papa Pío XII. Constituyó, según las propias expresiones del Cardenal Samoré: una reunión "perfectamente conciliar en muchas de sus determinaciones: conciliar 'ante litteram'. De ahí



Don Manuel Larraín, (arriba) a quien la Iglesia Latinoamericana debe el impulso fundamental de su renovación, fue quien lanzó la idea de un organismo episcopal latinoamericano, y promovió la aplicación del Concilio Vaticano II —iniciado por el Papa Juan XXIII (las dos fotos de abajo)— a América Latina, idea que es el origen de la Conferencia de Medellín.



obispos de otras partes del mundo. Se percibía el nacimiento de una nueva etapa en la vida de la Iglesia y, a nivel latinoamericano, se empieza a tomar conciencia de que la situación en la que vivimos es distinta a la europea y que por lo tanto exige pensar y asumir nuestra historia en términos propios.

Los directivos del CELAM no desaprovecharon la ocasión. Mons. Larraín, nombrado Presidente en 1963, inicia la reorganización de la institución para adecuarla a las tareas de la reforma conciliar. Muy rápidamente también, apenas terminada la primera sesión del Concilio, realiza en Brasil un curso para teólogos y pastores de nuestros diferentes países con el fin de iniciarlos en la reforma. Apoya y promueve las inquietudes que surgen alrededor del Concilio. Una generación se afirma tanto a nivel de obispos como del clero y religiosos.

El décimo aniversario de la fundación del CELAM se celebra en Roma en 1965, durante la última sesión del Concilio. Era indispensable asegurar la implementación de la renovación conciliar. Don Manuel —como cariñosamente se le llamaba a Mons. Larraín— multiplicaba sus actividades; ve la necesidad de una II Conferencia del Episcopado Latinoamericano para hacer carne en nuestro continente todo lo debatido y aprobado en Roma. Habla con el Papa y prepara una reunión ordinaria del CELAM antes de la clausura del Concilio.

El 23 de noviembre de 1965, Pablo VI recibe al Episcopado Latinoamericano y le dirige un discurso de excepcional importancia. “Regresaréis —dice— a vuestras diócesis después de los encuentros que os han reunido aquí cuatro veces... conocemos y seguimos, no sin aprensión, la situación de América Latina...” Hace un listado de algunos problemas de esta región del mundo y luego se centra sobre la urgencia de la reforma: el catolicismo, a pesar de tener un “peso numérico notable” revela “un es-

tado de debilidad orgánica” que preocupa. Expresión ésta, dura e inusual en lenguaje pontificio. El Papa muestra su preocupación y exige audacia: “En el pastor se determina una primera actitud: defender lo que existe; pero esto no basta, tanto porque lo que existe no es adecuado a la totalidad de la población y de las necesidades, cuanto porque también lo que existe está invadido y revuelto por el movimiento y la transformación”. “Sería dañoso caer en un estado de timidez, de miedo y de desconfianza que desarma y resta aún a los hombres mejores el impulso requerido para una ardua labor constructiva. “El pastor, por lo tanto tendrá siempre los ojos abiertos sobre el mundo. . . sabrá servirse del auxilio de especialistas; teólogos y sociólogos”. Hace un llamado a las Conferencias Episcopales Nacionales y pide que a nivel continental se recurra al CELAM. Porque, afirma, en Latinoamérica, si la Iglesia “se mueve, todavía se le sigue grandemente; si hace oír su voz, todavía se le escucha ampliamente; debe ella por tanto manifestar su vitalidad y valerse plenamente de sus grandes posibilidades de acción con una pastoral dinámica que se adecúe al ritmo de las transformaciones actuales” (5).

Era preciso, y urgente, salir de ese estado de “debilidad orgánica”: la idea de una II Conferencia General del Episcopado se imponía. Como lo recordó Don Avelar Brandao en el discurso inaugural de Medellín: “Mons. Larraín, entonces Presidente del CELAM, sentía que era llegado el momento de dar un toque de reunión a toda la Iglesia de América Latina” (6).

3. De regreso al Continente

A partir de ese momento se iniciarán los preparativos para el evento. El CELAM los implementará a través de dos dinámicas: una, la de las reuniones especializadas promovidas por sus dife-

“En el pastor se determina una primera actitud: defender lo que existe; pero esto no basta, tanto porque lo que existe no es adecuado a la totalidad de la población y de las necesidades, cuanto porque también lo que existe está invadido y revuelto por el movimiento y la transformación. Sería dañoso caer en un estado de timidez, de miedo y de desconfianza que desarma y resta aún a los hombres mejores el impulso requerido para una ardua labor constructiva” (Pablo VI)

rentes Departamentos; la otra, a través de sus órganos ejecutivos.

Las primeras no tenían como objetivo directo la preparación de la Conferencia, pero incidieron significativamente en ella. Eran sesiones de estudio en las cuales se encontraban cada vez varias decenas de obispos de diferentes países, agentes pastorales, teólogos y especialistas, alrededor de temas que interesaban a la renovación eclesial. Fueron plataformas de encuentro, de búsqueda y de debate. Se ampliaban perspectivas, se profundizaba teológicamente, se iban encontrando las exigencias pastorales de la nueva etapa (7).

Las otras reuniones tenían carácter más ejecutivo. Desgraciadamente Don Manuel muere trágicamente en un accidente automovilístico en junio de 1966, poco antes de la X reunión del CELAM a realizarse en Mar del Plata, Argentina. Su desaparición dejó un gran vacío por todo lo que su persona significaba para la Iglesia latinoamericana y muy especialmente para el CELAM. Sin embargo, sus seguidores, fieles al dinamismo que él había dado, hicieron que la marcha continuara. Don Avelar Brandao Vilela asumió la Presidencia del CELAM y en Mar del Plata, se adoptaron varias decisiones sobre asuntos administrativos y de organización. Entre ellas, la de escoger a Lima como sede de la próxima reunión del CELAM, en noviembre de 1967. En ella, a propuesta de Mons. Dammert, se debería iniciar la preparación inmediata de la II Conferencia del Episcopado, a realizarse en Colombia con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional, en el año 1968. Comenzaría así la etapa organizativa. Volveremos sobre ella más tarde.

Conviene detenernos un momento sobre las reuniones de estudio a las cuales nos referimos líneas más arriba. Cuando se leen sus conclusiones, se constata el clima a la vez conciliar y latinoamericano que en ellas se respiraba. Había conciencia de la novedad que empezaba, de las responsabilidades nuevas que se debían asumir. Como lo diría el encuentro de Melgar, los participantes se hallaban bajo la influencia de "los grandes cambios sociales que se están operando profunda y aceleradamente en el Continente Latinoamericano y el impulso renovador dado por el Concilio Vaticano II".

En los textos de esos primeros momentos predomina, a nivel de análisis de la realidad, la perspectiva desarrollista. La parte de estudio del encuentro del Mar de Plata será característica sobre el particular. Se propone, en efecto, estudiar "la presencia activa de la Iglesia en el desarrollo y en la integración de América Latina" y, si bien se percibe que los problemas que sufren nues-



Pablo VI, desde antes de ser Papa, apoyó la constitución del CELAM.

tros pueblos son muy graves y exigen soluciones profundas, sin embargo se considera que el desarrollo y la integración son posibles dentro del sistema imperante. Hasta 1968, salvo el encuentro sobre pastoral universitaria que va tímidamente más lejos, la visión que se tiene en ese tipo de encuentros del CELAM es básicamente ésa. Veremos luego en qué momento cambia el punto de vista.

La reflexión teológica se mueve fundamentalmente dentro del marco conciliar en lo que respecta a la vocación universal a la salvación, a la eclesiología y a la relación iglesia-mundo. Se nota ya, sin embargo, una profundización de la noción de la Iglesia como signo de salvación, al desarrollar su sentido de encarnación concreta, con las exigencias que de ella resultan. Se retomará como lo diremos más abajo, el tema debatido en los pasillos del Concilio sobre una Iglesia que asuma los problemas de los pobres; la exigencia de una iglesia que se ubique en los movimientos de cambio para ser en ellos fermento del Reino. El tema de la liberación se va formulando. Son los inicios de una reflexión teológica con temática propia.

4. La Encíclica Populorum Progressio

En marzo de 1967 Pablo VI hace pública su Encíclica sobre "El Desarrollo de los Pueblos". En cierta forma este documento, cuya elaboración comenzó tres años antes (8), puede ser consi-

derado como el último de la época conciliar. Es como el remate a la constitución *Gaudium et Spes*, en lo que a la problemática del Tercer Mundo se refiere.

La Carta es decisiva para Medellín. En ella cabe resaltar dos puntos: el carácter de urgencia que tiene, y el concepto de desarrollo que plantea.

El Concilio no había podido pronunciarse sobre el drama de los países subdesarrollados. Quizá porque en esos años las cuestiones que se debatían en Europa gravitaban más en la vida y reflexión de la Iglesia; esto la hacía todavía algo externa al mundo subdesarrollado. Sin embargo la preocupación sobre el particular estaba presente desde antes del Concilio. Juan XXIII la hizo suya cuando, un mes antes del Concilio, diría las célebres palabras: "Para los países subdesarrollados la Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos y en particular como la Iglesia de los pobres" (9). Un grupo de padres conciliares, entre los cuales estuvieron varios latinoamericanos, profundizarían el punto durante esos años. Sin embargo, no se llegó a ningún texto oficial al respecto. El problema quedaba pendiente (10).

Es por ello que el Papa retomará el tema: "Los pueblos hambrientos —dirá en su Encíclica— interpellan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia" (n. 3). Insiste: "Entiéndanos bien: la situación presente tiene que

afrontarse valerosamente, y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes... No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencia de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos" (n. 32-33). Terminará urgiendo: "Sí, nos os invitamos a todos para que respondáis a nuestro grito de angustia en nombre del Señor" (n. 86).

Además de esta llamada de urgencia, la encíclica hace un aporte en relación al concepto mismo de desarrollo. Plantea éste como algo que abarca la totalidad de la vida humana y no se limita sólo a sus aspectos económicos y sociales. Lo define como "el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas" (n. 20). Entre las condiciones menos humanas enumera las carencias materiales y morales y las estructuras opresoras. Las condiciones más humanas serán el "remontarse de la miseria", el "aumento en la consideración de la dignidad de los demás", el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Y terminará con la importante frase: "más humanas por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres..." (n. 21).

El texto es clave porque da a entender el carácter conflictivo del proceso de desarrollo tal como se vive en concreto. Insinúa la temática de liberación que ya se había empezado a trabajar en algunos círculos de la teología latinoamericana y que inclusive aparecía en las conclusiones del Encuentro de Buga sobre la presencia de la Iglesia en el mundo universitario. Pero además, a nivel teológico, logra superar una presentación rígida de la distinción entre lo natural y lo sobrenatural, que siempre dejaban cierto sabor dualista para colocar en una perspectiva de unidad sin confusiones. Aquí la fe, a la vez que don gratuito, es condición de humanización. La vocación al Reino de Dios es plenitud de humanidad desde ahora y más allá de la historia. La afirmación es sólida y tiene mayor precisión que los propios textos de *Gaudium et Spes*. Permite una visión unificada de la historia como historia de salvación, al ubicar la comunión con Dios como culminación del proceso de desarrollo.

Las repercusiones de un llamado tan vigoroso no se harían esperar. En particular, para el tema que nos ocupa, será como un gran impulso que se añade a la motivación de reforma ya existente. El Papa había dicho su palabra. Era preciso ahora que la Iglesia Latinoamericana-



La Iglesia toma conciencia de la contradicción entre la injusticia y el cristianismo en nuestra sociedad. La Iglesia quiere dar testimonio del Reino entregándose a los más pobres.

na, ubicada justamente en el mundo de la pobreza, interiorizara la voz del Pastor y, desde ahí, dijera su voz propia.

En los meses siguientes a la Encíclica, y en gran parte motivados por ella, surgen grupos, se realizan reuniones y se multiplican progresivamente los pronunciamientos públicos. Estos son de diversa índole: desde documentos de obispos hasta cartas públicas de religiosos y voces de grupos de sacerdotes y de laicos. Se nota en todo esto un gran sentido de comunión y responsabilidad, así como un clima de libertad donde aparecía todo el dinamismo lleno de energía de muchos hombres de iglesia. Había un verdadero deseo de participar en la común tarea de construir una Iglesia significativa y solidaria con un pueblo secularmente aplastado pero que empezaba a levantar la cabeza (11).

La reunión de Itapoán adquiere, en estas circunstancias, una importancia especial. En efecto, en ese lugar de Bahía (Brasil) son convocados por el CELAM los Presidentes de las Comisiones Episcopales de Acción Social, para complementar las conclusiones de Mar del Plata (1966), en mayo de 1968, 14 meses después que la Encíclica salió a la luz y apenas a tres antes de Medellín. Era preciso recoger toda la inquietud surgida y trabajada durante ese lapso.

Lo primero que salta a la vista en las conclusiones de Itapoán es el cambio de enfoque que se ha logrado. Mar del Plata tenía una visión desarrollista

de América Latina; Itapoán en cambio habla de nuestro continente —sin eufemismos— como un continente subdesarrollado cuya situación se debe a una relación de dependencia del mundo desarrollado. "El subdesarrollo de América Latina —dirá— es, en gran parte, un subproducto del desarrollo capitalista del mundo occidental". Los obispos asumen así los rasgos fundamentales de la teoría de la dominación-dependencia y las consideraciones alrededor de la relación centro-periferia. Nuestros pueblos sufren las consecuencias de estar ubicados en la periferia de los centros de poder del mundo capitalista. Por lo tanto, "dentro del actual sistema capitalista, América Latina no tiene ninguna esperanza de escapar del subdesarrollo". A su vez, precisan que la integración de la que se hablaba en Mar del Plata, vista desde esta óptica, es un proceso mucho más complejo y profundo, porque plantea el eliminar los lazos de dependencia: "este proceso debe ser realizado por medios y mecanismos creados por las mismas poblaciones y nunca impuestos a ellas". Desde esa perspectiva "la Iglesia puede desarrollar una acción estimuladora del proceso de integración de América Latina, especialmente por la instauración de la solidaridad" (12). Desde el Tercer Mundo, y muy particularmente desde América Latina, se percibe que los cambios son muy difíciles, —por no decir imposibles— desde una iniciativa de los poderosos: los explotados y marginados del mundo son reco-

nocidos como agentes de cambio. La dura experiencia que se sufría en esos años permitía asumir ese punto de vista, complementando así lo que la Populorum Progressio había afirmado.

Itapoan recoge también la reflexión teológica comunitaria que se había venido haciendo durante este tiempo. "La razón de por qué la Iglesia debe inspirar y promover el desarrollo es teológica y religiosa... es el propio Dios quien exige del cristiano el trabajo del desarrollo". Y ello por un argumento cristológico —"quien es infiel al hombre, concretamente es infiel a Dios encarnado..."—; por la intrínseca exigencia comunitaria de la vocación cristiana —una sociedad formada por cristianos pero que no vive la fraternidad "torna la palabra de Cristo en mentira"—. En frases cortas, casi telegráficas, Itapoan señala pistas de reflexión teológica y pide —retomando el pedido de Pablo VI en 1965— que se estimule a "teólogos comprometidos en la vida del continente" a profundizar estos temas de una "válida teología del desarrollo". De igual manera solicita que los cristianos se adentren en el

espíritu de pobreza, "entregándose al servicio de los más pobres para dar testimonio del Reino. Sólo así... podrá el cristiano ser levadura en la masa, dando ese suplemento de alma, esa mística necesaria para emprender la ruda y austera tarea del desarrollo". "Sólo así, haciéndose voz de las masas marginadas sin voz, podrá denunciar con autoridad moral las injusticias cometidas contra el pueblo". Aquí están ya los esbozos de lo que más tarde se formulará como los lineamientos de la teología de la liberación y las bases para la opción por los pobres.

De hecho esta perspectiva teológica había sido enunciada en una reunión tenida un mes antes de la de Itapoan. En Melgar (Colombia) se realizó en Abril de 1968 un encuentro del Departamento de Misiones. Fue una de las reuniones más ricas de este período. En ella se presentó una sólida fundamentación teológica que influyó fuertemente en Medellín.

5. La preparación inmediata

Luego de la reunión de Mar del Plata,

el Presidente del Celam se puso en contacto personal con el Santo Padre para informarle sobre el avance de los trabajos. En mayo de 1967, después de una reunión de los Departamentos e Institutos del Celam en un lugar de Colombia llamado La Capilla, se solicitó a Roma la aprobación oficial de la idea, proponiendo además que Medellín fuera la sede del evento. La aprobación se recibió en julio, de manera que la reunión decidida para noviembre en Lima estuvo en condiciones de comenzar a organizar la Conferencia. Faltaban escasos nueve meses para su realización. Era preciso actuar con rapidez y eficacia.

En primer lugar se aprobó el tema: "La presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio Vaticano II". Era lo que había deseado y lo que había urgido el Papa en su discurso de noviembre del 65. Era lo que se había debatido en las diferentes instancias eclesiales durante esos dos últimos años. Era pues, el tema indicado y esperado. Había abundante material producido al respecto.

Se estableció un cronograma y los primeros proyectos del desarrollo de la Conferencia. En enero de 1968 se elaboró un Documento Base Preliminar, el cual, después de ser aprobado por la Santa Sede, fue enviado a todas las Conferencias Episcopales Nacionales, a algunos Dicasterios romanos e incluso se lo hizo llegar a cada uno de los obispos del continente. Se daba plazo hasta el mes de junio para recibir observaciones y sugerencias en vistas a producir con ellas el Documento Base definitivo. Los aportes fueron numerosos y a través de ellos se mostraban las diferentes tendencias existentes en nuestra Iglesia.

En junio se elaboró el Documento Base definitivo. Fue pensado como un instrumento de trabajo para uso privado de los miembros de la Conferencia. Sin embargo, en forma sorpresiva salió publicado el 16 de julio por el diario "El Tiempo" de Bogotá. A partir de allí, apenas un mes antes de la apertura de la Conferencia, la temática pasó a dominio público. Hubo reacciones diversas de la prensa. Por ejemplo, "Excelsior" de México escribía: "Al mismo tiempo que reconoce con valentía sus propios errores, la Iglesia latinoamericana ha venido adoptando una clara actitud frente al drama de la injusticia social. Pero ésta nunca ha sido tan nítida como en este documento" (13). En cambio "La República" de Bogotá tenía otra reacción: "Si la Iglesia en América Latina suscribe las tesis de los grupos extremistas le pedimos que medite las consecuencias" (14).

A nivel eclesial, había también un abanico de opiniones. Los obispos del Brasil calificaron al Documento de "ob-



“Se nota en todo esto un gran sentido de comunión y responsabilidad, así como un clima de libertad donde aparecía todo el dinamismo lleno de energía de muchos hombres de iglesia. Había un verdadero deseo de participar en la común tarea de construir una Iglesia significativa y solidaria con un pueblo secularmente aplastado pero que empezaba a levantar la cabeza”

jetivo y valiente" y el Cardenal Silva Henríquez de Chile, entrevistado por la prensa, dirá que "el documento es extraordinariamente valioso, porque abre la posibilidad de que la Iglesia se pronuncie sobre problemas vitales para la América Latina". En cambio el Administrador Apostólico de Bogotá manifestó "no estar de acuerdo con una serie de puntos del documento" (15).

Por su parte el Departamento de Laicos del Celam realizó en esas fechas un seminario para responsables latinoamericanos de movimientos de apostolado laico, en el que se elaboró un texto sobre el documento base. Ahí los dirigentes laicos expresan sus preocupaciones sobre un documento que, a su parecer "carece de una estructura orgánica" que permita no sólo describir los problemas sino interpretarlos. En muchos aspectos, el documento de los laicos va en el sentido de las conclusiones de Itapoán e insiste en una posición más clara sobre el tipo de desarrollo que se plantea en nuestras sociedades dependientes. "¿Es a esta sociedad existente a la que se quiere integrar los llamados grupos marginales?", preguntaron y añadirán: "Esta postura nos merece serias reflexiones pues de aquí podría resultar una actitud desenfocada de la realidad y como consecuencia una respuesta pastoral equivocada". Insistirán también en una toma de posición sobre la pobreza de la Iglesia como condición para hacerla cercana a los pobres y realizar su misión profética (16).

Un importante documento firmado por más de 900 sacerdotes de América Latina desarrollará el tema de la violencia: "América Latina, desde hace varios siglos, es un continente de violencia... Se trata de la violencia que una minoría de privilegiados desde la época de la Colonia, practica contra la mayoría inmensa de un pueblo explotado. Es la violencia del hambre, del desamparo y del subdesarrollo" (17). En textos como estos aparecerá la expresión de "violencia institucionalizada" que es utilizada en las Conclusiones de la Conferencia de Medellín.

Es esos momentos se produce el anuncio oficial de la venida del Papa a Bogotá. Fue el mismo Pablo VI quien hizo pública su decisión en una audiencia del mes de mayo. La noticia, como es de presumir, causó revuelo; daba realce muy especial a la Asamblea. Sobre todo si se tiene en cuenta la influencia que había tenido su Encíclica *Populorum Progressio* en nuestro medio y en la preparación inmediata de la Conferencia Episcopal.

Pero la noticia del viaje no produjo sólo entusiasmo; fue también motivo de expectativa y de preocupación. En efecto, un viaje como ése se prestaba a

"De esa historia hemos vivido estos últimos quince años y ahora nos corresponde más que nunca ahondarla con la misma firmeza y fidelidad que tuvieron sus precursores"

muchas presiones de sectores intra y extraeclesiales que representaban un freno al movimiento de reforma tal como se estaba dando. Así por ejemplo se escribiría: "Frente a la realidad desgarradora de toda América Latina no podemos ocultar nuestro temor de que la encíclica *Populorum Progressio* (criticada agriamente y subestimada por representantes del nefasto capitalismo liberal) pase al archivo de los documentos y no se constituya en un manifiesto profético..." decía un grupo de sacerdotes (18). Un campesino panameño que había acudido a Bogotá con motivo del viaje del Papa se expresó así: "Si yo pudiera hablar con el Papa le diría que actualmente la Iglesia es demasiado clerical, que necesitamos una Iglesia más libre, una Iglesia más pobre, más cerca de los pobres, no para hacerlos más pobres, sino para que vivamos mejor. Creo que se ha alejado de las enseñanzas del Maestro. Queremos que la Iglesia llegue al pueblo, que no se quede enclaustrada, que no se encierre" (19). No faltaron inclusive actitudes que se mostraron escépticas frente a las

posibilidades de un viaje y de una Conferencia de obispos como la que se estaba preparando (20).

Pero los preparativos continuaban. Roma designó en mayo a los tres Presidentes Delegados a la Conferencia: el Cardenal Juan Landázuri, Arzobispo de Lima, Mons. Avelar Brandao, Presidente del Celam y Mons. Antonio Samoré, Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina.

Asimismo se determinó la mecánica de trabajo. Ella consistiría de tres partes: a) el acto de inauguración por el Papa en la Catedral de Bogotá; b) una etapa de reflexión con ponencias dadas por algunos obispos y seguidas por breves plenarios de discusión. Abordarían temas análogos a los planteados en el documento de trabajo pero sin que ello significara repetición. Su papel era el de ambientar a los participantes en los temas sobre los cuales iban a tratar; c) el trabajo por comisiones en las cuales los integrantes se inscribían por libre elección. Sólo los presidentes de cada comisión eran designados por la Presidencia de la Conferencia. Ese trabajo sería revisado y debatido en tres sesiones plenarios para llegar a Conclusiones, las que luego serían remitidas a Roma para su aprobación como documento del Magisterio eclesial.

Los participantes eran de dos categorías: los miembros efectivos y los simples participantes.

Entre los primeros había 6 grupos: a) Los Presidentes de las Conferencias Episcopales Nacionales; b) los obispos representantes de sus respectivas conferencias a razón de un delegado por cada 25 obispos; c) el equipo "CELAM", es decir los tres miembros de la Presidencia, los delegados y sustitutos de las con-

El Papa Pablo VI, el primero en pisar tierra latinoamericana, llega a Bogotá.



ferencias nacionales ante el mismo CELAM y los presidentes de sus departamentos; d) el secretario general de la Conferencia; e) los miembros sacerdotes de la junta directiva de la CLAR; f) 6 sacerdotes del clero diocesano, a los que el Papa añadió 19 más.

Los miembros efectivos tenían voz y voto en la Asamblea y llegaban a un total de 159, de los cuales 112 eran obispos. Por primera vez en una asamblea de este tipo, sacerdotes podían participar con voz y voto.

Entre los "simples participantes" había 4 grupos: a) Los secretarios ejecutivos y los presidentes de los institutos del CELAM; b) los miembros no sacerdotes de la junta directiva de la CLAR; c) 33 expertos propuestos por el CELAM y designados por la Santa Sede; d) los invitados especiales entre los cuales había 17 obispos; 15 representantes de organizaciones latinoamericanas de diferente tipo y un grupo de 8 personalidades que incluía a un superior general, una superiora general y algunos altos funcionarios de la Curia Romana; e) 11 representantes de grupos cristianos no católicos. Un total de 114 personas.

La fecha, fines de agosto, finalmente llegó. Se era muy consciente de la trascendencia de la hora y de la enorme responsabilidad que recaía sobre los participantes en la Conferencia de Medellín. Se había hecho lo humanamente posible para el buen resultado de ella pero, como ocurre en estos casos, quedaban abiertas muchas interrogantes e inquietudes. Sin embargo, por encima de todo primaban la fe y la esperanza.

Al Cardenal Landázuri le tocó dar la bienvenida al Papa, abriendo así la ceremonia de inauguración de la Conferencia: "Santísimo Padre: América, tierra hermanada por estrechos lazos de sangre, lengua y cultura, dividida por injustas diferencias sociales, económicas y culturales, os da su bienvenida llena de esperanza... Los obispos de América Latina reunidos en esta coyuntura —nuestra II Conferencia General— expresando la colegialidad episcopal, presididos por Vuestra Santidad, participamos de las esperanzas y de las preocupaciones de nuestros pueblos" (21).

El Cardenal ubicó a continuación, en un valiente y bello discurso, el sentido y las preocupaciones de la Conferencia. Iniciaba así un evento que, desde muchos puntos de vista, se ha revelado en el transcurso de los años como un verdadero momento de gracia, como un paso salvífico del Señor en nuestra Iglesia y en nuestra América. De esa historia hemos vivido estos últimos quince años y ahora nos corresponde más que nunca ahondarla con la misma firmeza y fidelidad que tuvieron sus precursores.



El Cardenal Landázuri, presidió la Conferencia de Medellín.

NOTAS:

- (1) CELAM, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio Vol. I: Ponencias*, Secretariado General del Celam, 1968 (en adelante se citará: *Ponencias Medellín*), pág. 9.
 - (2) El estudio más detallado de la Conferencia en sus diversas etapas de desarrollo es el de Parada, Hernán, *Crónica de Medellín*, Col. Iglesia Nueva, Bogotá 1975. Puede consultarse también Henri Fesquet; *Une Eglise en état de peché mortel*. Editions B. Grasset, París, 1968. Alain Gheerbrandt, *La Iglesia rebelde de América Latina*. Ediciones Siglo XXI, 1970. Ambos libros tienen una visión bastante parcializada del momento, pero proporcionan datos y documentos interesantes. Las revistas de actualidad religiosa de la época dan también material valioso.
 - (3) Ponencias Medellín, pág. 57.
 - (4) Editado en E. Dussel, *Historia de la Iglesia en América Latina*. Ed. Nova Terra Barcelona, 3a. edición, 1974. pág. 188.
 - (5) *La Acción pastoral en América Latina trazada por el Papa Paulo VI*, Ediciones Paulinas, Lima, 1965, p. 5 y ss. Las palabras de Pío XII y de Pablo VI no sólo alientan sino impulsan y exigen creatividad y audacia a los obispos. Sus intervenciones casi fuerzan a que la jerarquía del continente se adecúe a la nueva etapa de nuestros pueblos.
 - (6) Ponencias Medellín, pág. 65.
 - (7) He aquí la lista de algunos de estos encuentros: *Pastoral*, junio 1966; *Vocaciones*, Lima, noviembre 1966; *Presencia de la Iglesia en el mundo Universitario*, Buga, febrero 1967; *Presencia activa de la Iglesia en el desarrollo y en la integración de América Latina*, Mar del Plata, nov. 1967; *Primer encuentro sobre Pastoral de Misiones*, Melgar, Abril 1968; el *Diaconado Permanente*, San Miguel, Mayo 1968; *Presencia de la Iglesia en el proceso de cambio de América Latina*, Itapoan, mayo 1968; *Comentario sobre el Documento de Trabajo de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín* (Dpto. de Laicos) Lima, junio 1968.
- Las conclusiones de estos encuentros están publicados en folletos de la serie *Documentos del Celam*.
- (8) Cfr. *Cinco Grandes Mensajes*, B.A.C. Madrid, 2a. edición, 1968, pág. 199.
 - (9) Radiomensaje de Juan XXIII del 11-IX-62. Cfr. J. Moreno-Murillo, *Juan XXIII y Pablo VI explican el Concilio*, Desclée de Brouwer, Col. "Spiritus", Bilbao, 1967, pág. 97.
 - (10) Sobre la problemática de la iglesia de los pobres que se trabajó en los años del Concilio ver Paul Gauthier: *Consolez mon peuple. Le Concile et l'Eglise des pauvres*, Le Cerf, Col. l'église aux cent visages No. 13, París 1965.
 - (11) En *Signos de Renovación* (recopilación de documentos post-conciliares de la Iglesia en América Latina), publicado por la Comisión Episcopal de Acción Social, Lima 1969, hay varios testimonios de la época. Entre ellos hay que hacer una mención especial al Mensaje de Obispos del Tercer Mundo, texto promovido por Don Helder Cámara en donde firman 9 obispos latinoamericanos y 8 de otros continentes. Retoma, a partir de la Encíclica, el tema del subdesarrollo desde nuestra situación. El Papa, además, en su discurso en Bogotá, hará mención de 6 documentos producidos por obispos, religiosos y sacerdotes (Cfr. Ponencias Medellín, p. 34). Es preciso recordar también que esta es la época en que surgen en varios países diferentes iniciativas de agrupaciones sacerdotales con una preocupación común: colaborar en la construcción de una Iglesia inserta en el mundo de los pobres, solidaria porque evangelizadora.
 - (12) Cfr. *Signos de Renovación*, pág. 34. Esta visión de la realidad es la que está en Medellín; no tanto la de Mar del Plata.
 - (13) Parada, p. 70.
 - (14) *Ibidem*, p. 71.
 - (15) *Ibidem*, p. 70-71.
 - (16) *Signos de Renovación*, p. 217, 221 y 225.
 - (17) *Ibidem*, p. 92.
 - (18) *Ibidem*.
 - (19) Parada p. 115.
 - (20) Parada p. 72.
 - (21) Ponencias Medellín, p. 17. Esté mismo texto está reproducido íntegramente en *Signos de Renovación* p. 243.